

EL *JOURNAL DU VOLEUR* DE JEAN GENET: UNA EXPERIENCIA SIN VOLUNTAD DE RECEPCIÓN

JEAN GENET'S *JOURNAL DU VOLEUR*:
AN EXPERIENCE WITHOUT RECEPTION WILLINGNESS

VICENT MINGUET¹

Resumen: La experiencia literaria de Jean Genet está marcada por el aislamiento y la soledad de la cárcel. La experiencia del mal a través del crimen, así como la búsqueda de la virtud están presentes en el *Journal du voleur*. En el presente artículo estudiamos algunos de los aspectos estéticos que se observan en una escritura que es practicada como ascesis y que se manifiesta en una obra que no presenta voluntad de recepción alguna, pero que la encuentra paradójicamente a través de una canonización involuntaria.

Abstract: Jean Genet's literary experience is marked by the isolation and loneliness of jail. The experience of evil through crime and the pursuit of virtue are both present everywhere in the *Journal du voleur*. In this paper we focus on the aesthetic aspects of a literary speech that is practiced as asceticism, which is manifested in a work that shows no reception willingness at all, but paradoxically receives it through an involuntary canonization.

Palabras clave: Jean Genet, *Journal du voleur*, género biográfico, literatura francesa del s. XX, estudios *queer*

Keywords: Jean Genet, *Journal du voleur*, 20th Century French Literature, Queer Studies

¹ Vicent Minguet (Valencia, 1982) es músico, musicólogo y filólogo. Doctor en Filología por la Universidad de Valencia con una tesis sobre la construcción del significado en la obra de Olivier Messiaen calificada *Summa cum laude* por unanimidad. *Master of Arts* por la Universidad de Frankfurt y *Master of Music* por la Escuela Superior de Música de Basilea. Miembro de la Academia Internacional del Ensemble Modern de Frankfurt y colaborador del Ensemble Modern, de la musikFabrik de Colonia y del Klangforum Wien, con los que ha realizado conciertos y producciones discográficas, Vicent Minguet es además miembro de la Music Analysis Society del Reino Unido. Ha sido profesor de música de cámara, evolución estilística del repertorio y lectura e interpretación de la música contemporánea en el Conservatorio Superior de Música de las Islas Baleares. Actualmente desarrolla la labor pedagógica e investigadora en el Suzuki Music Institute de Barcelona y en el Institut Escola Artística Oriol Martorell de Barcelona.

Publicado en 1949 por la prestigiosa editorial Gallimard, Jean Genet narra por primera vez en su *Journal du voleur* un período errante de su existencia que habría transcurrido entre 1932 y 1940, y que lo habría llevado por diversos países —España, Bélgica, Alemania, Polonia, Checoslovaquia— a ejercer una vida de vagabundo, jalonada por el robo y por una homosexualidad sórdida llevada hasta el límite de la prostitución. Este texto nos sitúa aparentemente frente a una autobiografía, una especie de crónica narrada en la que poco o nada podemos llegar a saber con certeza acerca de los elementos de realidad que podría o no presentar el relato. Nos encontramos, pues, ante un texto del que ignoramos por completo si describe en un primer lugar la realidad de Genet, o si por el contrario no es más que el logro de un hombre por construirse una leyenda. Si atendemos a algunos de los mejores estudios biográficos publicados sobre Genet,² resulta fácil comprobar cómo el orden de algunos de los acontecimientos narrados en el *Journal* en primera persona poco o nada tienen de cronológicos. Todo apunta, en efecto, a la construcción de un mito bajo la forma evocadora de recuerdos que no podrían ser más que fábulas. De crimen en crimen, he ahí la vida de Genet en este período de tiempo. No obstante, nos son ofrecidos algunos datos fundamentales, como la fecha de nacimiento y la condición de hijo expósito, abandonado por una madre prostituta y confiado por la asistencia social a una familia de acogida.

2

El posicionamiento estético y moral de Genet se sitúa, pues, entre el horror de una afectividad irremediablemente perdida en el nivel familiar y social, por una parte, y el amor buscado obsesivamente a través de una homosexualidad voluntariamente elegida. Genet escribe desde la cárcel, o dicho de otro modo, la cárcel convierte a Genet en escritor. El aislamiento, la soledad del encarcelamiento, el mundo infesto de las cárceles a las que es destinado desde su adolescencia por pequeños delitos, a pesar de su violencia gratuita, de su sordidez, abyección y pederastia aberrante, se convierte pronto para Genet en una especie de asilo protector de la inocencia.

Casi un desconocido en 1943, cinco años más tarde Jean Genet es una figura literaria que ve cómo intelectuales de la talla de Jean Cocteau, Jean Paul Sartre o Gabrielle Colette firman una carta dirigida al Presidente de la República francesa para que se le conceda el indulto. En 1948 Genet sale de la cárcel, pero esa beatificación laica será su perdición. Nos situamos ante una leyenda, un hombre que se forjaría un mito desde

² Vid. J. B. MORALY, *Jean Genet, la vie écrite*, París, Editions de la Différence, 1988; y J. P. RENAULT, *Une enfance abandonnée : Jean Genet à Alligny-en-Morvan*, París, La Chambre d'échos, 2000.

un aislamiento en el que produce lo esencial de su obra, hasta el punto de ver la edición de su obra completa aparecer un año más tarde, en 1949, en la prestigiosa editorial Gallimard, prologada además en 1952 por un inmenso volumen de Sartre,³ cuya desproporcionada extensión supera la de la totalidad de la obra de Genet. Había nacido un mito.

Pese a todo este proceso ascensional, lo cierto es que Genet sufre una condena interior que provoca el agotamiento de la sensorialidad primitiva que su escritura refleja. Es obvio que la representación del mal a través del crimen, así como la búsqueda de una especie de santidad están presentes en el *Journal* mediante un vocabulario suntuoso que en determinadas ocasiones franquea los límites de lo obscuro. La literatura de Genet es un constante cuestionamiento de la ley. Aun así, y a pesar de todo aquello que es moneda de cambio común en la literatura libertina — y especialmente en la de Sade—, sorprende la ausencia de todo intento de ataque frontal a la moral. Es cierto que hay una nostalgia de lo sagrado, de lo místico, construida de manera inversa, a través de la obsesión por lo abyecto, de la pasión por lo sórdido, camuflada en ocasiones por una escritura que podría beber perfectamente en los tratados religiosos y morales de la tradición.

En Genet asistimos a una rara voluntad por convertir de forma mágica el mal en bien, el vicio en virtud, una obsesión por la alquimia de la expresión literaria. El mal es la única soberanía, un mal asumido en tanto que bien supremo posible. La tesis común de los tratados escolásticos según la cual el hombre aspira necesariamente al bien es desmentida por la obra de Genet, para quien el bien no es más que una posibilidad de elección en libertad, y fuera del alcance de aquellos que en prisión carecen de ésta. Genet pretende alcanzar la virtud, pero no a través de la renuncia de la pasión, sino llevándola hasta su extremo y transgrediendo todo tipo de orden preestablecido. El mal no existe en la cárcel, del mismo modo que no existe el bien, puesto que el orden moral se ha neutralizado, invertido; de algún modo está en suspenso. Genet se construye una moral que soporta filosóficamente tanto su vida como su obra literaria. Es el gran logro de lo que Genet nos propone: la búsqueda de lo sublime en lo abyecto, la heroicidad del crimen, la virtud en el vicio, el robo como acto de perfección moral, como condición esencial de la existencia —que no de la subsistencia—, sin que se aflore la culpa o la autocompasión característica de la moral cristiana. Una metamorfosis de lo abyecto en sagrado, en bendito, no carente de sus santos lugares, las prisiones, canonizadas por el descubrimiento moral que engendran, por el tono ritual de ceremonia que en ellas se vive, en su doble condición de lugar maldito, donde los hombres se devoran unos a otros a la vez que se establece entre ellos una fraternidad que puede transformarse en cólera sanguinaria.

Con todo, la visión del mal en Genet es cándida, ingenua, inocente. Precisamente porque es un mal concebido como único bien posible en la

³ J. P. SARTRE, Jean-Paul, *Saint Genet, comédien et martyr*, París, Gallimard, 1952.

soledad del aislamiento. El robo y el crimen se presentan en su obra como la búsqueda heroica de una nueva moral fundamentada en una estética particular. Sólo lo subversivo puede llegar a ser verdaderamente sagrado para Genet. En este marco conceptual, la condición homosexual aparece como la base de todo un sistema de relaciones irregulares que, a diferencia del papel que cumple en la obra de escritores como Federico García Lorca, Julien Green o André Gide —donde está subrayada con cierto pudor siempre desde un punto de vista moral—, sirve aquí de pretexto para establecer unos lazos peculiares entre una estética fundamentada sobre una moral de lo sórdido, cuya sacralización se realiza mediante el lenguaje.

Hay en Genet una búsqueda incesante del inverso de unas virtudes enseñadas en el catecismo, casi a la manera de un asceta, de un místico y su aislamiento del mundo para realizar sus ejercicios espirituales. Quizás es este uno de los puntos de enorme seducción de la obra de Genet: todo está organizado como una ceremonia mística. La teología insólita que Genet construye se presenta y es representada como una necesaria salvación, una especie de actividad redentora. Sólo se salvan aquellos que la sociedad ha condenado.

Muy al contrario que en la obra de Sade, hay en la escritura de Genet un espacio para lo afectivo, un lugar para las emociones, que son guiadas por su deseo; el deseo no de la belleza, sino de la fealdad, la virilidad violenta y la miseria, que en Genet aparecen como atractivos. La de Genet es, pues, una homosexualidad abierta, de la que no se desprende una noción de culpa, de arrepentimiento, una sexualidad vivida de forma natural, como condición de la existencia, sin lugar para el remordimiento o la vergüenza pública, hasta el límite de ser el catalizador de una obra, de permitir la degradación que conduce al extremo personificado por la traición y lo que ésta representa como transgresión máxima del orden normal.

La traición se convierte en Genet en un mecanismo inevitable si pretende ser fiel a sus principios. Genet goza en la experiencia de la traición, no roba en cualquier situación, ni mucho menos con afán de acumular lo robado; no se entrega al crimen por posesión, sino porque el robo implica una traición, una violación de una norma social que a su vez lo sanciona. Genet escoge ser ladrón y ser homosexual, se construye un espacio para la experiencia —lo cual no equivale a decir que lo acepte necesariamente—. Con su escritura trata de ordenar de manera inversa los valores de una sociedad. Se construye de este modo un espacio posible de lo real, para instaurar así su propia ley. En este sentido, Genet lleva al extremo lo que Bataille denomina la «experiencia interior», descrita como el viaje al punto extremo de las posibilidades del hombre. En el marco incomparable de esta experiencia Genet se somete a buscar la posibilidad mayor del mal en él, hasta el punto de hacer de él una virtud.

Pero no olvidemos que Genet es una víctima, un expósito que renace desde lo más bajo hasta la utopía del reconocimiento social: el premio de las letras francesas. Genet es a fin de cuentas un criminal que

da voz a los de su especie, sin poseerla inicialmente; un erudito, entregado a la lectura, en cuya obra no hay una sola palabra de Proust, Gide —con el que mantuvo correspondencia—, Voltaire, Mauriac o Rimbaud, cuyas obras conocía hasta el punto de citarlas de memoria.⁴ Pese a todo, este proscrito que escribe desde la oscuridad y la soledad, una vez venido a bien, caerá en una crisis de silencio. La beatificación a la que es llevado por Sartre se sitúa muy lejos de la voluntad de Genet. No en vano, le costó años de digestión, y lo sumió en una escritura practicada con grandísima dificultad y marcada por el miedo a traicionar el propio mito a cuyo forjado había contribuido con su obra.

Aun así, la escritura de Genet no reconoce a aquellos a los que más atraería la figura del santo-mártir, canonizada por Sartre, a cuya fama y conocimiento contribuyó en mayor medida Cocteau. No es una escritura en la que el «verdadero» nuevo lector encontrará un interlocutor. Genet es la voz de los que son como él, de aquellos iguales a él, a los que ama, en los que se reconoce en la misma escritura, aún hasta el punto de ser capaz de traicionarlos, pero que a fin de cuentas reconoce como su prójimo. La escritura de Genet revela un acto supra-reflexivo: es una voluntad por verbalizar un canto interior que no puede ser compartido con aquél que no entiende su condición, que solo puede sentir compasión por su estado, o admiración por una figura-mito; ni siquiera con su igual, puesto que Genet no es más que una anomalía en su género.

Genet escribe por necesidad, para vehicular mediante la palabra un andamiaje del mundo, tal y como él lo percibe desde su óptica. Pero el lector de Genet no es de su condición, no es otro igual, sino que es leído desde la seguridad de los ambientes intelectuales, del ambiente literario universitario de la Francia de la posguerra, un ambiente marcado por el estructuralismo y la redefinición de un edificio intelectual en ruinas. A Genet no le interesa ese mundo, no le interesa el arte en absoluto, escribe por encargo, no reconoce a este nuevo lector como un posible contertulio, porque él sabe que a los de su condición les está vedado ese mundo, esa voz. Hay un desprecio por el lector en su escritura; una violencia velada que no admite lugar a contestación; una posición doble de víctima y de verdugo: una especie de inversión doble. ¿No es quizás ésta la propia traición llevada hasta el límite?

Genet, como pretendemos mostrar en estas líneas, se traiciona de algún modo a sí mismo, traiciona ese edificio moral construido en su obra durante los años de cárcel, aceptando su canonización. Fruto de esta «pasión» aceptada son algunos intentos posteriores de suicidio, a los que se añaden los largos años de silencio literario que preceden a la aparición de una nueva obra, ahora póstuma, que viene a remendar las escritas a la sombra del mundo que lo ha beatificado. Un segundo Genet debería ser fruto de estudio, más allá del mito de un mártir. Nos referimos al Genet habitado por un erudito anónimo, un melómano concedor exhaustivo de la obra de Mozart, un lector compulsivo.

⁴ J. B. MORALY, *Op. cit.*, p. 8.

Tal y como sucede con Sade, en Genet la escritura surge en el marco del aislamiento. Poco más de cinco años bastan a Genet para escribir lo esencial de su producción desde la oscuridad: las obras líricas y las novelas que servirán para canonizarlo.⁵ En ellas encontramos la misma obsesión por un deseo, pero muy diferente en el caso de Genet, puesto que no traspasa el límite de lo posible como a menudo ocurre con Sade. Nos llega en cambio como representación de una experiencia vivida — experiencia que lo distancia de la fantasía utópica e inverosímil de Sade— con una suma añadida en el caso de Genet: la entrega por completo a una pasión, algo que no es concebible en el universo racional de Sade.

Si la obra de Sade sufrió un silencio y fue proscrita, Genet obtendrá en cambio con la suya una libertad y un reconocimiento casi inmediato que no es en modo alguno la condición a la que aspira. La noción de libertad en Genet, no es tanto la del perdón de su condena, como la de la posibilidad ilimitada de esa vía de ascesis libremente elegida, a mitad de camino entre la unión mística y el amor extático, vehiculada a través de un movimiento ascensional en el caso del ascetismo cristiano —santa Teresa, san Juan de la Cruz—, donde la violencia de la elevación se ejerce sobre el sujeto mismo que la provoca en la búsqueda del bien supremo — en el caso de Genet, esa búsqueda extraña y obsesiva de la santidad en su inversión absoluta de valores se transformará en un descenso sin la menor tentativa de sublimación—, como recompensa erótica de las impurezas corporales y espirituales.

Hay en Genet una doble contradicción como ya observamos en líneas anteriores. La elevación ascética, un ascenso que en el camino tomado por Genet se propone como descenso, conseguida a través de una inversión de los valores mediante los cuales alcanzar esa especie de santidad —el mal, que se convierte aquí en bien—, entra en contradicción con la ascensión que experimentará Genet gracias a Cocteau o a Sartre, con quienes acabará rompiendo por las posturas que representarán, muy alejadas de la suya, y porque a fin de cuentas, no son más que aquellos en quienes Genet no se reconoce, muy a pesar de haberles dedicado sus obras.⁶

El vicio y la perversión serán en la obra de Genet una forma de exceso, si atendemos a Bataille,⁷ de lujo suntuario, pero al mismo tiempo de gratuidad indispensable. El lector se enfrenta a un acto necesario de transgresión repetida sin sentimiento de culpa, en el que se refleja la

⁵ Nos referimos a las novelas *Notre-Dame-des-Fleurs* (1944), *Miracle de la rose* (1946), *Querelle de Brest* (1947), *Pompes funèbres* (1948). A todos estos escritos en prosa se añaden los poemarios: *Le Condamné à mort* (1942), *Marche funèbre* (1945), *La Galère* (1944), *Un chant d'amour* (1946) y *Le Pêcheur du Suquet* (1946). En su mayor parte estas obras fueron publicadas por las *Éditions L'Arbalète*, a cargo del editor y farmacéutico Marc Barbezat y su mujer, la actriz Olga Kechelievitch.

⁶ Genet dedica el *Journal du voleur* a Jean Paul Sartre y al Castor, sobrenombre con el que el primero se refería a Simone de Beauvoir por la semejanza de su apellido con la palabra inglesa *beaver* (castor).

⁷ Vid. G. BATAILLE, *La literatura y el mal*, trad. de L. Ortiz, Barcelona, Nortésur, 2010, p. 232.

experiencia de lo prohibido como medio a través del cual alcanzar esa plenitud en un momento de pérdida de la noción de identidad; una unión con el absoluto-continuo; una anulación de toda sensación de aquí y ahora, aún si para ello es necesario renunciar a la propia soberanía, hasta el punto de convertirse a sí mismo en objeto para el otro —en el acto de la prostitución gratuita— sin perder por ello la noción propia del ser-uno-mismo-ahí, soberano en todo momento, puesto que se trata de una elección libre en la entrega a una causa justa, en el camino del mártir por el que Sartre advoca.

No hay en Genet un ataque al orden, en el sentido de que no hay una defensa de un sistema alternativo contrario, ni rastro de intento alguno por destruir los cimientos de una sociedad que lo ha condenado, quizás en parte porque se trata de su elección. El mundo en Genet se transforma en un objeto de perversión, en un espacio para la marginalidad. Pero Genet devuelve con su escritura quizás un resentimiento, en una actitud defensiva. Fundamenta en su vida una ontología, hasta encontrar en su obra la solidez que dará una estructura al ser, algo imposible puesto que su simple existencia, su estar-en-el-mundo ya es la estructura de su ser. Genet asume así la condición que la sociedad le impone, hace el mal para poder ser malo; Genet hace para ser. Pero su esfuerzo por llevar a cabo algo que le viene de fuera lo sitúa en esa dualidad. No en vano Sartre se refiere a él como comediante y mártir, puesto que Genet es de algún modo el producto que se vuelve contra una sociedad que le impuso el mal como vía ascética.

En esta línea de cosas, todo parece indicar que los pensamientos de Genet entran en constante contradicción, hasta el punto de rechazarse. De ahí el intento por vehicularlos, por aflorarlos en la escritura con el afán de llevar a cabo una verdadera acción, usando la literatura para aislarse aún más, para permanecer en el vacío, en la soledad; hablando, pero no para que lo escuchen; escribiendo, pero no para ser leído. El *Journal du voleur* no es una meditación sobre la vida, sino sobre sus propias obras; es una herencia literaria que persigue mostrar los recuerdos de esas obras como manifestaciones indirectas del mal, así como de su imposibilidad. Es un elogio de la santidad tanto como de la comedia, del sacrificio tanto como de una voluntad de apropiación de un lenguaje en exilio de sí mismo; de la comunicación de una experiencia sin voluntad de recepción. Es, en definitiva, la búsqueda de una vía para continuar existiendo sin existir. Sin quererlo, Genet nos transforma, como lectores, no nos da nada, no hay en su lectura una plusvalía, un excedente positivo, no hay un lugar para el ser, sino un fin: mediante la palabra, golpear la conciencia de los otros, aunque en un caso así la libertad final no sea un triunfo. Quizás por eso jamás llegó a ser escrito el segundo volumen de ese diario de un ladrón que finalmente se transformaría en un cautivo enamorado.⁸

⁸ Un segundo volumen del diario es anunciado al final del *Journal du voleur*. Cuando Genet muere, el 15 de abril de 1986, se encontrará junto a su lecho un manuscrito en el que trabajaba. Se trata de *Le captif amoureux*, un libro póstumo, que Gallimard

publica apenas cinco semanas más tarde, siendo el primer libro escrito por Genet tras veinticinco años de silencio.